

VAN MORRISON

MÚSICA

★★★

Un sombrero lleno de 'feeling'

Diego de Azqueta

Conocí a Morrison en un garito de Dharamsala en la India, la primera vez que entrevisté al Dalai Lama en 1974. Entre las ragas de sitar de Ravi Shankar y el humo de los incensarios, Jordi Esteva —más tarde editor de *Ajoblanco*— nos puso aquellas canciones de élite que sonaban entre las percusiones de la tabla y las congas de Chepito Arias, unas canciones que entonces nos costaba entender. Melodiosas y extrañas para aquellos aprendices de *hippies* que viajábamos a Kathmandu encontrando allí a Morrison, cuando buscábamos a Shiva y a Ganesh, fue un duro choque cultural.

Desde entonces, la intelectualidad musical de Morrison estuvo en mi memoria, siempre vinculado en los recuerdos al enorme fotógrafo, arabista y viajero que es Jordi Esteva... Hoy, 28 años más tarde, me vuelvo a encontrar con él en otro garito elitista, como aquel, en el Palacio de Congresos y Exposiciones de la Castellana donde Van nos deleita con su poderosa perfección de músico, divo y singular.

El concierto de anoche no nos dejó disfrutar de *Gloria*, ni de *Too long en exile*, ni de *Baby please don't go* o *Brown eyed girl*, pero nos mostró a un Morrison elitista, perfeccionista, casi histriónico, y metálico que presiona a sus músicos. Sin importarle las castas ni los apellidos de abolengo le echa una bronca a través del micrófono a Linda Gail Lewis, hermana del legendario padre de *rock and roll* Jerry Lee Lewis, sin tener en cuenta la aristocracia musical de su compañera. ¡Cómo se las gasta el gurú Van, ceñudo y maleducado irlandés! El legendario Morrison impertinente, sólo

críticas

El irlandés se ganó al público con su actuación de ayer en el Festival del Milenio



permite que los fotógrafos acañen su semblante en dos canciones, despachándolos luego de un portazo, hasta otra, quizás para que no se le cruce el cable y abandone la sala por un capricho, como hizo la última vez que nos visitó.

Morrison entra en escena apoteósico, después de que Linda Gail Lewis —vivo retrato de su hermano— nos deleite con su teclado y con su fantástica voz de rockera, y de que John Edwards, siempre con el viejo Van, le apoye con su armónica y con los *riffs* de su guitarra perfeccionista. El compañero Colin Griffin, cadencioso y elegante en la batería, arrastra con *swing jazzie* a una banda perfecta que se mueve ágil entre el *rock*, el *blues* el *swing* y las fuentes del *jazz*.

La precisión y la pureza del viejo irlandés enfundado en su traje de chaqueta de lentejuelas y protegido de su "yo" por el sombrero de *Locke* comprado en Pall Mall y las gafas de precisión, continúa con sus *blues* doblados por Linda mientras el último concierto del Festival del Milenio —soberbiamente organizado por nuestra Comunidad de Madrid— discurre deleitando a una congregación de melómanos venidos de todos los lugares de España.

El *medley* final, encarando un *Roll over Beethoven* que todos sentimos tan dentro, nos despide mientras el soberbio saxo alto, la flauta travesera fugaz, el clarinete repentino, las dos armónicas y todo el viento que hincha nuestras venas a borbotones forma un huracán de sen-

timientos que arrasa todo el escenario, barriando nuestras tristezas y llenándonos de ilusión y de *feeling*. El *boss* se despide acompañado de su música y con sus artistas a la espalda... Una delicia. Muchas gracias, Carlos Goyarrola, estupendo organizador del evento. Por favor, repite muchos de estos.

VAN MORRISON

Lugar
Palacio de Congresos de Madrid
Banda
Linda Gail Lewis (piano y voz), John Edwards (guitarra), Colin Griffin (batería), Lee Goddall (saxo), Pete Hurley (bajo), Matt Holland (trompeta)
Organiza
Festival del Milenio de la Comunidad de Madrid

ORQUESTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID

MÚSICA

★★★

Jóvenes en concierto

Francisco Llinás

La trayectoria de la Orquesta de la Comunidad de Madrid resulta, en muchos sentidos, modélica. Fundada en 1987, ha ido, en tiempos en que hay demasiada afición por el triunfalismo y la megalomanía, asentándose paso a paso, con cautela, poniendo cimientos. Lo que empezó como pequeña orquesta se ha ido ampliando hasta sus actuales dimensiones sinfónicas. Por otra parte, siempre ha mostrado afición por alternar el repertorio de siempre con los estrenos o la programación de rarezas, eligiendo con cuidado a los directores invitados y dando alternativas a músicos jóvenes. Con la colaboración de un coro que desde siempre ha tenido prestigio, esta orquesta está

- ★★★★ obra maestra
- ★★★★ muy buena
- ★★★ buena
- ★★ interesante
- ★ regular
- mala

ORCAM

Autor
W. A. Mozart
Solista
Marta Zabaleta, piano
Dirección
Harry Christophers
Lugar
Auditorio Nacional

más que asentada y conciertos como el que comentamos demuestran que la línea que se sigue es la correcta.

Los autores eran de toda la vida: Mozart y Beethoven. De éste, la orquesta está ofreciendo a lo largo de la temporada, la integral de los conciertos para piano. En esta ocasión se programó el segundo (aunque compuesto antes que el primero), obra de juventud. De aquél, se eligieron también dos obras primerizas, de niñez y adolescencia, muy poco habituales. Para Beethoven se contó con una pianista jovencísima, Marta Zabaleta. Para Mozart y su obra vocal, la *Missa Brevis K. 140*, se echó mano, para las voces solistas, de miembros del propio coro. Lo concertaba todo Harry Christophers, un director "barro-

co" conocido sobre todo por sus estupendas versiones de Handel. No había, pues, grandes nombres de esos que combinan música y mercadotecnia. Pero había ganas, calidad, con lo que los resultados fueron más que notables. Y, además, se colgó el cartel de "no hay entradas".

Marta Zabaleta, por ejemplo, mostró una envidiable competencia con la orquesta. Fraseó muy bien, aunque quizá con una mano izquierda demasiado percusiva, y derrochó musicalidad, entendiendo la obra desde el impecable clasicismo de un Beethoven que todavía transitaba por la senda de Mozart o Haydn. En la misa de Mozart, los cuatro solistas (Azucena López, Anabel Aldalur, José M^o Ramo, Fernando Rubio) estuvieron a la altura de un coro

bien empastado, muy seguro. Todos ellos demostraron que se pueden conseguir excelentes resultados sin apoyarse en nombres de campanillas y que en casa tenemos excelentes materias primas. Harry Christophers conoce bien este repertorio y con él la orquesta sonó empastada, muy en estilo, con momentos tan brillantes como el trío del último minuetto de la *Serenata KV 100*, obra de un Mozart de trece años.

Cuando hace pocos días hemos oído en este mismo auditorio a alguna agrupación famosa masacrando conocidísimas páginas mozartianas, reconforta escuchar un Mozart tan limpio, tan desprovisto de adherencias rtmánticas, en manos de una orquesta que va por muy buen camino.